

Guillermo Almeyra

Barack Obama llegó a la VII Cumbre de las Américas realizada en Panamá previamente derrotado y dispuesto a aguantar el chubasco de las recriminaciones y exigencias. En efecto, antes de viajar ya había intentado relativizar sus amenazas a Venezuela, revelando así la debilidad de su posición y estimulando de paso las acusaciones de casi todos los gobiernos latinoamericanos, encabezados por Cuba, Venezuela, Ecuador y Argentina. Incluso en esa reunión donde estaban representados los gobiernos, que raramente son una fiel representación de lo que piensan sus pueblos respectivos, la relación de fuerzas fue desfavorable a Estados Unidos, cuyas propuestas e iniciativas no fueron aprobadas y cayeron en saco roto. Obama tuvo que sentarse en el banquillo de los acusados y recibir torrentes de acusaciones apoyadas en la historia antigua y reciente de la región y también estuvo obligado a recordar que sin el consumo de drogas estadounidense el narco tráfico sería un problema muy menor y que de Estados Unidos llegan las armas que utilizan los delincuentes y en Estados Unidos se lava el dinero proveniente de este delito, que constituye casi un tercio del capital financiero mundial.

Desde la primera Cumbre convocada por Clinton, que pretendía imponer un Acuerdo de Libre Comercio que abarcara desde Canadá hasta Tierra del Fuego, hasta esta Cumbre en Panamá, pese a todos y a todo, la relación de fuerzas política y diplomática entre Estados Unidos y su ex patio trasero sigue siendo desfavorable para Washington. Venezuela, aunque con dificultades, sigue siendo chavista; Cuba, pese a todo, resistió el bloqueo y obligó a EE.UU. a cambiar de táctica; Bolivia y Ecuador mantienen gobiernos antiimperialistas y dos de los tres países “grandes” de América Latina (Brasil y Argentina, a diferencia del sometido México), a pesar de sus crisis y de sus dificultades políticas no están alineados con la política del Departamento de Estado.

Esta crisis en la hegemonía estadounidense se debe a varios factores. En primer lugar, a las movilizaciones populares que hasta hace poco inflaron las velas de los gobiernos nacionalistas y distribucionistas llamados “progresistas”. En segundo lugar, a la creciente sustitución de las inversiones estadounidenses y europeas por inversiones chinas y hasta rusas, sobre todo en sectores claves como la energía, el transporte, las infraestructuras (carreteras, puertos, canal transoceánico en Nicaragua), armamentos. Por último, a la decisión y valentía de algunos gobiernos (el cubano, el venezolano, el ecuatoriano, el boliviano y en parte también del argentino y el brasileño, que se niegan a ser defenestrados por la alianza entre las oligarquías

locales y Washington).

Pero tiene también otro trasfondo, como la crisis política y moral producida por el racismo antinegro y los asesinatos policiales impunes en los Estados Unidos mismos. O como las derrotas en Libia, Medio Oriente y Afganistán de las políticas de Estados Unidos y la presencia de un Israel cada vez más colonialista, racista, fascista e indócil. O como la derrota en Ucrania y el fortalecimiento del eje Moscú-Beijing. O las diferencias con sus aliados europeos dispuestos a negociar con Rusia y desesperados por recibir parte del maná chino, al extremo de desoir las exhortaciones estadounidenses y adherir al Banco Asiático de Desarrollo de las Infraestructuras creado por China, al cual adhirió hasta Corea del Sur.

La débil y relativa recuperación económica de la Unión Europea, así como la caída tendencial de la producción petrolera de Estados Unidos y la necesidad de Arabia Saudita de financiar su guerra en Yemen y proyectos faraónicos (como la desalinización del agua marina para su agricultura y sus nuevas ciudades en el desierto), al mismo tiempo, tiende a reforzar el decaído precio del petróleo y, por lo tanto, a aliviar a Rusia, a Brasil, Ecuador, Bolivia, Venezuela estimulando la resistencia de sus gobiernos respectivos.

Europa penetra más en el mercado interno de Washington al devaluar su euro, que está casi a la par del dólar, y al reducir sus importaciones. Al mismo tiempo, los Países Bajos y Alemania retiran su oro de Estados Unidos, preparándose para una política monetaria mundial con varias monedas de referencia, al igual que China, que comercia con Rusia y con Asia en su propia moneda, y el dólar pierde paulatinamente un monopolio que tuvo durante décadas. Estados Unidos sigue siendo la primera potencia militar y financiera mundial, pero pierde velocidad y su fracaso en su política colonialista alienta esa decadencia de su hegemonía.

Obama, por eso, representó a Panamá a una potencia enferma y declinante, según el modelo de la Inglaterra de los años treinta. Incluso el gobierno servil de Peña Nieto en México, que apuesta todo a ese caballo cojo, no pudo diferenciarse mucho de la ola de protestas latinoamericanas que habría sido inconcebible sin el cambio en la relación de fuerzas entre los pueblos (y en menor medida algunos gobiernos) y el emperador, que llegó a Panamá semidesnudo.